

*Blanca  
Álvarez*

LOS TRES  
SECRETOS DEL  
SAMURÁI



  
ESPASA

## Índice

PORTADA

DEDICATORIA

CITAS

LOS ORÍGENES

LA FUGA

LOS ESPONSALES

PRESAGIOS

PRIMER CÍRCULO. El Samurái del Dragón

EL VIAJE DE TOMIKO

EL BESO DE LA ARAÑA

LA FORMACIÓN DE UN SAMURÁI

LA HISTORIA DE TSUCHIGUMO

LA PRUEBA

KAWAHIME

EL PRINCIPIO DE UNA AMISTAD

TIEMPO DE COMBATE

TIEMPO DE GLORIA

LA TRAICIÓN Y LA VENGANZA

EL HIJO DEL ZORRO

NAGASAKI

LA GEISHA

MOVIMIENTO EN LA DESHIMA

EL CAMINO DEL GO

LA ESPADA MURAMASA

LA TRAICIÓN AL SHOGUN

LA MÁSCARA DE LOS TRAIADORES

LOS PRISIONEROS

MIL GRULLAS DE PAPEL

LA NOCHE DEL SECRETO

UNA VISITA AL TEMPLO DE KITSUNE

LOS OJOS DE LA SERPIENTE

SEGUNDO CÍRCULO. El baile de la carpa

HUMO EN EL SANTUARIO

PREPARATIVOS Y DESPEDIDAS

NO LA DEJES SOLA

DISPOSICIONES

KAWASEMI

LOS CAMINOS DEL ZORRO

EL SECRETO DE LA SERPIENTE

LA ETERNA DANZA DE LAS CAPPAS  
EL SUEÑO DEL ABAD  
MEMORIA DE PIEDRA  
LOS FINALES  
EL COMBATE  
LOS ENTIERROS  
REGRESO A LOS OJOS DE LA SERPIENTE  
MI DULCE AMOR DORADO  
NOTAS  
CRÉDITOS

*A mis amigos más leales: Isobela, Joao, Günter y Geneviève.  
A Didier y Fefo, in memórium.  
A mis padres, que me amaron en tiempos duros.*

*«Vencerá aquel que sabe cuándo puede pelear y cuándo no».*

Sun Tzu, *El arte de la guerra*

*«A menudo son las personas que pasan, y no las que permanecen,  
las que juegan un papel decisivo en nuestras vidas».*

R. Menéndez Salmón, *Medusa*

## LOS ORÍGENES

## LA FUGA

Mucho antes de que se abrieran las puertas en la gran casa del señor Susanô, el rumor recorría todos los dominios del feudo de Yamato, cuando los brotes de arroz esperaban su primera cosecha y la primavera encendía cerezos y almendros. El calendario señalaba el mes de shigatsu, el de las promesas. El rumor se posó sobre la belleza del paraje tiñendo los cielos de gris y cerniendo alas negras sobre los campesinos y artesanos del lugar.

Un rumor estridente como una maldición.

Los dioses cobraban la calma de los últimos años, las fecundas cosechas, la paz de los caminos libres de salteadores y la abundancia de hijos.

La fuga de Chikako despertó el miedo y abrió las heridas de los secretos olvidados.

Los criados de la casa, al alba, cuando la serpiente regresa al nido, se levantaron sobresaltados, como si el rugido de aquel rumor hubiera llegado hasta sus aposentos. La hora del Conejo se inició con el sonido de la pequeña campana que llamaba a las tareas diarias desde el arco principal de la mansión donde habitaba el señor Susanô. Sin embargo, aquel día, pareció dar cuenta de un incendio cuyas llamas no podrían ser apagadas ni con toda el agua de los ríos.

Cuando la joven sirvienta Keiko sirvió el primer té de la mañana al gran señor, temblaba imaginando la cólera del amo en forma de lenguas de fuego lanzadas por su boca.

Las puertas del mal se abrieron para todos.

Sobre sus cabezas, caería la venganza de honor del amo.

Unos rezaban, otros maldecían y escupían el nombre de la traidora. Los niños se escondían entre las faldas de sus madres. Los viejos relataban historias olvidadas de malos tiempos.

Todos temblaban.

Tal vez la próxima cosecha se pudriera antes de ser recogida y llegase, junto con la venganza del amo, el hambre, esa vieja compañera de los campesinos.

En boca de todos estaba el nombre, ahora odiado, de la mujer capaz de transformar la bondad del amo en justa cólera.

¡Chikako!

Pero incluso su nombre terminaría prohibido en aquellas tierras.

¡Chikako!

Y las viejas lo masticaban tratando de deshacer con sus dientes incluso el recuerdo de cada sílaba. Pronto se convertiría en uno más de los diablos fantasmales escondidos en las grutas y las cuevas.

A los cuarenta mil dioses de la vieja religión habría que añadir el suyo en el lado oscuro.

Incluso el aire parecía anunciar esa mañana el huracán que provocaría aquel nombre.

Incluso los pájaros escribirían, con su perfecta caligrafía, el anuncio de la maldición con su nombre.

Incluso...

La joven y bellísima esposa de Susanô había desaparecido esa misma noche, probablemente al final de la hora del Buey, tal vez en la hora del Tigre, cuando más densas son las sombras de la noche. Nadie la vio partir, sin embargo, todos recordaban algún detalle premonitorio:

*Yo escuché los pasos de un zorro, lo juro, aun antes de llegar la hora del Buey.*

*Desperté a la hora de la Rata y escuché el siseo de unos abanicos.*

*Yo sentí una ráfaga de aire helado, sí, seguro, al inicio de la hora del Tigre.*

Todos creyeron que habían advertido el momento de la huida.

Todos se hacían cábalas sobre el destino de la joven y bella Chikako.

No se abandona impunemente al esposo. Y menos si resulta ser un hombre importante, amigo personal del Shogun, respetado por nobles y sacerdotes, cuyas riquezas nadie podía contar y a quien visitaban magistrados y abades llegados desde Nagasaki o Kioto; a quien frecuentaban samuráis emisarios desde Edo.

—La muerte, eso le espera —decía uno.

—Una muerte que nos alcanzará —añadían otros.

—¡A todos!

—Nuestras cabezas valen menos que las piedras del camino —se lamentaban.

—¿Cómo pudo cometer semejante injuria? —se preguntaban.

—¡Un demonio disfrazado, eso era! —afirmaban algunas mujeres.

Un rumor de muerte anunciada recorría todos los rincones esa mañana.

Como si lo hubiera presentido, la joven Keiko, al final de la hora del Tigre, había despertado sintiendo en los labios el cosquilleo de un antiquísimo poema que cantaba las bellezas del palacio del amor dibujando un tapiz celestial.

*Los cabellos negros se conservan difícilmente,  
el cutis dorado cambia fácilmente,  
los hombres no son como los pinos siempre verdes...*

Ahora, Keiko imaginaba terminados para siempre los buenos tiempos al servicio de la dulce señora y el amo justo que jamás abusaba de su poder.

Suspiró. No sólo pensaba en ella. Se tapó la boca para no pronunciar otro nombre.

Ella había sido feliz en la casa del Samurái Calígrafo, antes cantado por los juglares como Samurái del Dragón; tan sólo hambre, golpes y miseria había conocido hasta entrar a su servicio. Aquí, pese a no ser más que una simple sirvienta, no comía restos y sobras, sino comida igual a la de los amos. Y la extravagante costumbre se extendía al resto de los criados. Además, dormía sobre un futón, no sobre el suelo o en el establo; Chikako le regalaba su propia ropa, incluso le compró un hermoso kimono en su decimo-séptimo cumpleaños.

Regresarían las lágrimas de los años negros, cuando, huérfana y sola en el mundo, mendigaba unos granos de arroz y recibía insultos y palos.

Además, el joven caballero que llegó con el señor, aquel con orejas de zorro, Hanzaburo, siempre cerca de su amo como si sólo su sombra pudiera cobijarlo, le sonreía y ella sentía el rubor subiendo desde sus tobillos hasta la punta de sus cabellos.

Hanzaburo era un misterio.

Un hermoso rostro de boca casi femenina y cercado por dos puntiagudas orejas y un cuerpo perfectamente dibujado en músculos elásticos contradecían sus cabellos blancos, azules de tan blancos, propios de un anciano. Hablaba poco y gozaba con la costumbre de desaparecer durante días, incluso semanas. A su regreso, con las ropas en perfecto estado, sin un araño, parecía un novio tras visitar a su amada, salvo por su mirada de ojos dorados que, en cada regreso, mostraban una turbadora y plácida fiereza.

Hanzaburo poseía la mirada hechizante de un animal.

Keiko lo veía sonreír y temía un futuro lleno de malos presagios donde se disolverían, para siempre, los luminosos días de felicidad.

Toda esa felicidad se iba para siempre tras los pasos de la dulce y bella señora.

¿Qué sería del niño?

Se lo preguntaba sin palabras: no debía atraer nuevas desgracias sobre la casa.

Keiko daría su vida por la dulce señora; también por su generoso esposo. De nada serviría.

*Al menos, que se libre él.*

Rogaba pensando en Oki.

Ahora, se miraba impotente las manos: la desgracia no hace sonar trompetas para anunciarse, llega a lomos de silenciosas hormigas.

¿Qué infortunios caerían sobre sus frágiles hombros? Y, sobre todo, ¿qué sería de su hijo Oki?

Keiko mezcló sus lágrimas con el agua a punto para preparar el té de Susanô.

Para unos, la desaparición no había sido voluntaria; en realidad, la mujer cumplía el deseo del esposo, harto de ver cómo no le concedía descendencia, sobre todo a la vista de lo hermoso que crecía Oki, hijo del señor y de Keiko, una simple criada de la casa.

Todos aseguraban que el niño lucía el aplomo del padre en cada gesto.

El amo lo acogió desde su nacimiento y lo nombró su heredero.

Sí, esa podía ser una buena razón. Y si hubiera sido el amo quien le había ordenado partir de su lado, no recaería sobre sus vasallos ninguna venganza. El amo buscaría otra esposa, capaz de darle hijos en abundancia, y pronto todos olvidarían a la bella Chikako.

Para otros, la muy bella e ingrata mujer había huido de tan amante y fiel esposo enferma por algún amor innoble. Tal vez hechizada por alguna bruja, envenenada por algún filtro capaz de hacerle olvidar sus responsabilidades de esposa.

—Merece la muerte.

Cada campesino, artesano, criado, niño, viejo, enfermo, tullido apretaba los puños dispuesto a ser la mano ejecutora de esa muerte.

Si Chikako se había marchado por propia voluntad, la ira del amo no conocería límites. Con todo, nadie lograba dar con el responsable de aquel amor perverso en la esposa.

Algunas mujeres cuchicheaban sobre la escasa salud mental de la joven, enloquecida ante su vientre estéril. Según ellas, la joven se había lanzado a las aguas del río para evitar la vergüenza en el esposo y permitirle buscar una esposa digna. Una esposa que le permitiera perpetuar su apellido y su fortuna.

—Un hombre sin hijos... —Y movían sus cabezas viejas mientras sus encías masticaban las palabras.

—El hijo de una criada no es digno de heredar su hacienda...

Si el cuerpo de la bella mujer aparecía flotando en el río, o en algún rincón de las orillas, recibiría los honores de un entierro digno, e incluso el agradecimiento de todos, incluido el amo, por tan generoso gesto.

Habría cumplido con los deberes de una esposa, devolviendo el honor al marido con su suicidio de mujer estéril. Se lo debía, según la tradición.

Hubo quien aseguró haberla visto, al final de la hora del Cerdo, saliendo de la casa, montada a caballo, con vestiduras de hombre y acompañada por otro jinete.

El aire se movía lento, pesado y cargado de rumores.

Lo único cierto era la ausencia de Chikako.

El único futuro, la venganza de Susanô como una maldición y un anuncio de los malos tiempos.

De alguna manera, todos intentaban ver en el rostro de Shuzai, el samurái jefe de la guardia personal de Susanô, un gesto, una sombra que hiciera posible descifrar el próximo futuro. Pero el rostro del samurái permanecía impenetrable, vigilante y pétreo.

Shuzai no había salido de sus aposentos, no preparó a la guardia permanente: ni la hizo formar, ni les ordenó limpiar arcos y espadas.

¿Conocía el samurái Shuzai algo que los demás desconocían?

¿Habría sido su propia espada la encargada de limpiar el honor de Susanô?

Podía haber ejecutado a la bella esposa, desmembrado su cuerpo y esparcido sus restos por el bosque.

Ni en la mirada serena del guerrero, ni en la siempre alerta de Hanzaburo podía leerse ninguna respuesta. Tan sólo una leve tensión de sus cuerpos, a modo de alerta, como cuando se olfatea un combate, daba cuenta de la desgracia.

Entre tan negros presagios se hallaba Keiko cuando cargaba la bandeja con el té, a la misma hora de todos los días, temiendo derramarlo por entre los temblores de su cuerpo. Ante la puerta del señor, sentado y repasando el bruído arco de bambú, Hanzaburo aguardaba la llamada del amo y esperaba. La joven criada no se atrevió a mirarlo a los ojos, esperó paciente a que el joven hijo del dios Zorro, pues ese era su origen, según los más viejos del lugar, descorriera las puertas de los aposentos.

Hanzaburo la saludó con la sonrisa de todos los días, con la leve inclinación de siempre. La joven no supo si sentirse tranquilizada o más asustada. Los hombres ocultan sus intenciones bajo una sutil capa de cortesía.

Susanô, impasible, sentado sobre su cojín favorito, miraba hacia un punto lejano del horizonte sin que ningún rasgo de su cara, ningún músculo de su cuerpo delataran ni el más mínimo enfado.

La joven criada, con la mirada baja, no se atrevía ni a respirar. Temía estar ante la calma de un volcán segundos antes de lanzar todo su fuego.

*Ni toda la lluvia del mundo apaga la hoguera del des-honor,* pensó la joven.

Mientras, por los pasillos y habitaciones de la gran casa, por los campos de labor, en el interior de las chozas campesinas, resbalando la superficie del manso río, desbordando los dominios del gran señor y cubriendo el territorio de Yamato, circulaban cientos de rumores, diferentes en contenido, idénticos en el asunto: la desaparición de la hermosa Chikako.

La calma con apariencia feliz, tan sólo la mostraba Susanô; los rostros impenetrables de Hanzaburo y Shuzai tenían más que ver con la contenida tensión del guerrero a la espera de recibir la orden decisiva; ambos actuaban como si fuera una mañana cualquiera.

Pero no lo era.

Y, siguiendo la lógica de los murmullos, junto a los nuevos rumores de la esposa ingrata, se reavivaron los viejos sobre Susanô.

¿Qué sabían realmente de su amo?

Para Keiko, el amo era un hombre bueno, justo, amable, capaz de realizar actos de generosidad impensables como el haber adoptado como propio al hijo que había dado a luz, asustada y escondida en la cocina. Claro que también ella, la fugada Chikako, había tomado parte en esa decisión.

*Tranquila, Keiko, nosotros lo acogeremos como propio, ¡será el hijo que no puedo darle al amo!*

¡Impensable tanta generosidad! Pero se confirmó con el paso de las semanas y los meses; ambos trataban al niño como si realmente llevara su sangre. El hijo que la señalaba como paria se había convertido en una bendición.

El ama no podía tener hijos, pero algo tan grave no hacía mella en la alegría de la bella esposa, ni en el afecto del amo. La criada no lograba comprenderlo. Chikako jamás realizó ningún acto para conseguir la fertilidad, ni acudió al templo, ni a la fiesta de los dones donde las mujeres suplican la bendición de dar a luz un varón sano y fuerte. Esa ausencia de hijos no modificó ni las costumbres, ni las risas, ni la calma.

Inaudito.

Susanô cubría de regalos a Chikako sin parecer importarle la esterilidad de su vientre; salía de caza con Shuzai o participaba en los entrenamientos de arco y espada con el samurái y con Hanzaburo sin que nada turbase sus costumbres ni su serenidad.

Todos habían vivido anestesiados por la calma de las buenas costumbres. De la rutina feliz de los días:

La campana a la hora del Conejo llamando al trabajo en los campos y la casa.

El primer té de la mañana, sólo para el amo; más tarde junto a la esposa y los dos amigos, el samurái y el hijo del dios Zorro.

A la hora del Dragón, el amo dedicaba un tiempo a sus ejercicios con la espada, Shuzai se reunía con la pequeña tropa para los entrenamientos diarios y Hanzaburo salía con su arco a recorrer el bosque; siempre regresaba con buena caza para la mesa.

A la hora del Caballo, los cuatro comían juntos. Algo que jamás había comprendido la joven criada: ese gusto por hacer partícipe a la esposa de algo que los hombres realizaban habitualmente a solas.